

Otro tipo de actos trascendentales

● Garrigues Walker (Antonio), asistió al acto como simple espectador. Al final, alguien le preguntó:

—¿Qué le ha parecido?

—Es la primera vez que se ha producido en España un acto de esta significación política.

Acababa de terminar el ciclo «Las terceras vías hacia Europa», del que hemos venido dando información en estas páginas por la importancia que ha tenido en el contexto político catalán. Antonio Cañellas, Solé Barberá, Joan Reventós, Jordi Pujol, Josep Pallach y Trias Fargas han hablado de sus distintas concepciones políticas, aplicadas a la problemática europea y peninsular. El ciclo organizado por el Instituto Católico de Estudios Sociales, terminaba con una mesa redonda en el Colegio de Abogados en la que los conferenciantes responderían a preguntas previamente presentadas por escrito por los cursillistas. El Gobierno Civil autorizó el ciclo con la condición expresa de que no hubiera coloquios. Más de mil quinientas personas invadieron materialmente el Colegio de Abogados y siguieron el acto directamente o a través de los altavoces que lo propagaron por otras dependencias del edificio igualmente invadidas. Puede hablarse de un acto histórico. Podría hablarse de un acto político «trascendental» si la significación real de este adjetivo no hubiera naufragado en las aguas de tanto pantano inaugurado.

El moderador, señor Verde y Aldea, dio paso a las respuestas de la mesa a las preguntas presentadas por escrito. El tema de la solución «política» a los problemas de la mujer se planteó a todos los coloquiantes, y todos lo asumieron como esencial para lograr una convivencia democrática. Pero las preguntas se «especializaron» con bastante sabiduría. A Cañellas se le preguntó por el estado de salud unitaria de la Democracia Cristiana. Estuvo ingenioso. De la reciente reunión de democristianos potenciales españoles, dijo que era una coordinación previa para reclamar un estado democrático, pluralista y federal, consciente del problema de las nacionalidades, de los cambios socioeconómicos y de la necesaria integración en Europa. A propósito de la UDE, dijo que era «... un intento del propio sistema para inventar el café descafeinado». Cañellas se declaró partidario de la «autogestión» como fórmula correctiva de los abusos del capitalismo y de la tentación del capitalismo de Estado.

Solé Barberá fue muy preguntado por cuestiones portuguesas, tal vez

cambio sin continuidad, «con ruptura y con trauma. O con locura y sin salida».

La parte de la derecha que se refugia en una especie de donancrismo político, inmóvil, y enharinada en su pedestal de tanto tiempo de poder, se espanta ante la derecha móvil de Pío Cabanillas, que defiende los mismos intereses, pero de otra manera. Pío Cabanillas y un amplio grupo de políticos de la derecha española creen que un ciclo está terminado y que todo puede ser salvado comenzando un ciclo nuevo, pero concéntrico al anterior, por una especie de juego de constituciones telescópicas que tendría el país: «Hay —dice Cabanillas— una segunda constitución, y que conviene pasar a la segunda ya, cuanto antes. En estos dos modos constituyentes del Régimen: el del poder personal y el del poder institucional, está la cuestión». «Lo que estimo que puede y debe pedirse es que pasemos a esa segunda constitución». Consistiría en un Gobierno más autónomo con respecto a la Jefatura del Estado. «Un Gobierno que lo tiene que ser de la nación y no del Jefe del Estado, y por ello parece interesante aconsejar que desde entonces resulte muy clara la existencia del "primado presidencial" dentro de la determinación colegiada de las líneas políticas de acción».

¿Es quizá esto «cambiar el Régimen, y que no lo conocieran ni sus fundadores, o invitar a Franco a que señalara la fecha de su salida», como dice Emilio Romero que pretendió hacer Cabanillas no ahora, en su distancia y en su soledad, sino en los diez meses de gobierno? Quizá sí. La acusación es grave: juró —dice Romero— «todo lo jurable» ante los Evangelios, mientras se proponía «envejecer al Régimen lo suficiente para decretar su cancelación, cuando la exigencia desde una política informativa sería, responsable y leal hubiera sido rejuvenecerlo para transferirlo a otro período histórico, o por lo menos ponerlo en condiciones de ser un puente entre dos orillas que no puede ser volado en el momento en que pase el convoy con el equipaje válido de un sistema político que ha transformado al país».

Allá van los lebreles del cielo, o los «domini canes», tras Pío Cabanillas y tras toda esta imagen de los cambiantes interiores que, como antes dijo Gonzalo Fernández de la Mora, buscan «el suicidio de la nación». Se apedrean con nombres, fechas, recuerdos, términos del pasado, previsiones para el futuro. Ni aun a distancia, a toda la distancia que es posible, ese espectáculo puede resultar indiferente. ■



14-XII-1965: Solís, ministro secretario general del Movimiento, impone la medalla de oro de la Agrupación Sindical de Radio y Televisión a Pío Cabanillas. Detrás, Fernández Sordo y Emilio Romero.

La derecha como espectáculo

● Los «lebreles del cielo» —como decía un poeta inglés—, corren ahora tras una buena liebre: Pío Cabanillas. Ha tenido éste la «osada insensatez», como dice uno de estos podencos de largo aliento, de pedir la sucesión a plazo fijo. Caen sobre él.

Desde fuera, desde donde no se quita ni se pone Rey, ni siquiera se ayuda a ningún señor, todo este espectáculo de la derecha es sobrecoedor. La derecha es amplia, poderosa, fuerte, en este país. Quizá no tan amplia —en lo que se refiere a número— como poderosa y fuerte: bien situada. Es aguerrida —ganó una guerra y fue implacable en el establecimiento de sus dogmas—, y no está dispuesta a dejarse quitar nada. Por algunas razones, muy variadas y no sólo puramente nacionales —ya no nada puramente nacional en ningún país del mundo— cree que está pasando un mal momento. Como síntoma, todos los comentarios de los grandes personajes, ante los micrófonos de Radio Nacional de España, ante la noticia de la muerte del ministro Herrero Tejedor: «Precisamente en estos momentos», «Ahora, que es cuando más falta hacía...». Aparte

del dolor humano y personal por la muerte del amigo, del compañero, había ese estremecimiento político, como si la falta de una persona, por valiosa que fuese para el núcleo en el que trabajaba, restase algo trascendental en un momento muy determinado.

Una parte de la derecha siente un pavor instintivo que le priva del estado de razón. Teme que le falten sus más queridos puntos de referencia y que sin ellos no sepa a qué atenerse. Su ambición es congelar el tiempo. Que no pase nada, que no pase el tiempo, que no transcurra. «En la madrugada, Carlos Arias ha ocultado el rostro —enormemente fatigado por diecisiete meses de combate— entre las manos, y el país y la política han quedado detenidos, congelados, hasta el lunes», escribe Pedro Rodríguez en «Arriba». Parar el tiempo, parar el sol... La imagen, en un editorial de «ABC» —la imagen misma del presidente del Gobierno, arrodillado ante el féretro de su amigo, las manos tomando el rostro— supone que «El presidente no está solo»: pide la apertura y la evolución «dentro del sistema». La alternativa: una tragedia que sería un

con la pretensión de traspasarle embarazos cunhalistas. Las respuestas de Solé Barberá pueden alinearse con las ya aportadas por otros líderes europeos como Berlinger o Carrillo. Se pronunció en contra del cierre de «República» y manifestó su solidaridad con el pueblo portugués «sin excepciones». Hizo suya la reivindicación de la libertad de prensa: «Nosotros tenemos el propósito de avanzar por la vía democrática hacia el socialismo». Aseguró que los anarco-sindicalistas tienen un lugar en el quehacer político del futuro, y sobre los partidos dijo que eran indispensables para garantizar la contribución de la clase obrera a la reconstrucción democrática de nuestra sociedad.

Joan Reventós fue el más convincente en su afirmación de los derechos de la mujer. Al igual que Solé Barberá hizo hincapié en la idea de «catalanidad» y en la realidad histórica «dels Països Catalans». Dijo que el socialismo en el futuro ha de trabajar para construir una sociedad socialista y no para sacarle las castañas del fuego al capitalismo. La defensa de las libertades fundamentales, una condición «sine qua non» para cualquier búsqueda del socialismo y la democracia.

Pujol dijo que la gente debe encuadrarse políticamente y que eso, hoy día, ya puede hacerse con «... la simple consulta de la guía telefónica». Insistió en la necesidad de crear un «Consell Nacional» (Consejo Nacional) sin exclusiones y ese «sin exclusiones» era especial-

mente necesario en unos momentos en que Pujol empezaba a ser contemplado con un cierto cariño por los que han hecho del anticomunismo su única profesión de fe. Pujol dijo que nunca se aliaría con totalitarismos ni de izquierdas ni de derechas, y que salvada esta premisa es partidario de la acción unitaria. Y al hablar de pactos electorales subrayó, por si alguien tenía alguna duda al respecto, su carácter «coyuntural y reversible».

El señor Pallach contestó directamente a las preguntas escritas e indirectamente a respuestas que habían salido de la misma mesa. No parecía estar muy de acuerdo con la crítica de la socialdemocracia hecha por Reventós ni con las respuestas portuguesas de Solé Barberá. Pallach dijo ser un socialista democrático: «Nos llamamos socialistas democráticos porque hay un socialismo que no es democrático». También se pronunció por la presencia de los cenetistas en el futuro del país.

Trías Fargas estaba de viaje y no pudo ser preguntado. Al final el acto tuvo su apoteosis. Cañellas leyó una declaración conjunta de los cinco ponentes que también estaba dividida en cinco puntos.

Las manos se astillaron de tanto aplaudir, los ojos se endurecieron de tanto contener las lágrimas y una tormenta atmosférico-política ha quedado pendiente, tanto que se hincharon los pechos del insólito aire de la libertad. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.

lizó la crisis económica mundial y sus proyecciones sobre la economía española. Empezó por discernir la decadencia del sistema capitalista occidental, caracterizada por el agravamiento de los siguientes factores negativos: pérdida de la capacidad productiva, aumento del despilfarro del sistema, mantenimiento de la industria de guerra, crecimiento de los gastos en lujos superfluos, creación de una tecnología que rápidamente se hace anticuada, crecimiento de los gastos de comercialización, y deterioro constante de las condiciones de supervivencia.

Gómez Muñoz afirmó que el principal esfuerzo del sistema ante la crisis se centraba en lograr compromisos de clase, pactos sociales, en evitar la lucha enfrentada de clases que impedía frenar la inflación. La existencia de organismos representativos por ambas partes constituye la garantía de que estos objetivos puedan plantearse. España, cuya economía está caracterizada por una inflación creciente, por unas oscilaciones cíclicas, por basarse en tres únicos pivotes de financiación —turismo, remesas de emigrantes e inversiones extranjeras— por la dependencia extranjera, por el centralismo económico y por el poder monopolístico de la oligarquía, está necesitada tanto de unas reformas estructurales a fondo de los distintos sectores económicos como de instituciones democráticas, y en especial de Sindicatos representativos que puedan permitir el pacto social.

Eugenio Triana, ingeniero industrial y también miembro del Grupo de los 27, trató de delimitar los efectos que la crisis económica provoca en la clase trabajadora. Partiendo de que la participación de las rentas salariales no ha mejorado, sino que incluso ha empeorado en el último quinquenio, del aumento de peso de los impuestos sobre el rendimiento del trabajo personal en el total de los impuestos indirectos, de que las rentas personales medias de los trabajadores han disminuido, y de la injusticia que supone la financiación de la Seguridad Social —en la que las cotizaciones sociales constituyen un 92,7 por 100—, Triana pasó a describir las consecuencias directas que la crisis económica está provocando en los trabajadores españoles. Mencionó en primer lugar la pérdida de las horas extraordinarias —que suponen el 11 por 100 de las percepciones normales—; la desaparición de las primas a la producción, «fracción muy importante de los ingresos en un sistema caracterizado por la explotación intensiva de la fuerza de trabajo»; las especiales dificultades que sufren los trabajadores de menor categoría y en concreto los jubilados.

El paro —cifrado por Triana en 500.000 trabajadores en estos momentos— constituye el aspecto más grave de la actual crisis y su incidencia se agudiza dada la insuficiencia del seguro de desempleo que, además de no amparar más que a una tercera parte de los parados

—entre el 22 y el 34 por 100, según las fuentes—, únicamente proporciona una media de 6.000 pesetas al mes por trabajador.

Como elemento asimismo importante, Triana señaló la inoperancia de las instituciones laborales determinada por la inviabilidad de la contratación colectiva, frenada por «el continuo recurso a medidas autoritarias de limitación de salarios...», única variable regulable desde las instancias de la autoridad..., que resta toda autonomía a la esfera de las relaciones laborales». Y también por «la falta de representatividad de la Organización Sindical, que perturba cualquier tipo de negociación colectiva y en especial resta a la clase obrera los instrumentos mínimos para la defensa de sus intereses».

De cara a la distribución de la renta son urgentes, a juicio del ponente, dos reformas: la reforma del sistema fiscal en sentido progresivo y la reforma de una Seguridad Social paternalista, hacia un sistema equitativo de reparto.

Como conclusión de este esquema «la superación de esta situación, la posibilidad de abordar tales reformas, sólo es realizable mediante una ordenación democrática de la sociedad que contemple las libertades políticas sin exclusiones».

El tono cambió radicalmente tras estas dos intervenciones, cuando llegó el turno de los ponentes propuestos por el Instituto de Ingenieros Civiles. Juan Carlos Paredes, catedrático de la Escuela de Minas, analizó la balanza de pagos como punto débil de nuestra economía. Con una actitud muy comedida, tras describir los fallos fundamentales de nuestra balanza de pagos y de nuestro comercio exterior, pasó a exponer detalladamente los puntos esenciales de una reforma estructural en esta materia. Destacamos: la reestructuración de la producción agrícola, para disminuir las importaciones; la potenciación de la minería; la eliminación de la importación de bienes superfluos; la necesidad de obtener una mayor productividad de las importaciones; una política de selectividad de las inversiones extranjeras; la potenciación de la Marina Mercante; el fortalecer el turismo de calidad; el impulso de la tecnología y, por último, la necesidad de obtener petrodólares.

José González Paz, también catedrático, afirmó que «la mística del desarrollo por el desarrollo típica de los años 60 está en regresión». El mundo tiene ante sí el reto de la nueva situación que ha creado la crisis económica, en la que va a ser determinante superar las preocupaciones de tipo ecológico y social. La planificación cualitativa será fundamental en esta dirección y en ella los ingenieros jugarán un importante papel.

Tras este remanso, el tono crítico se encendió nuevamente con las comunicaciones presentadas por los asistentes. De las siete leídas, cinco insistieron en la necesidad de transformaciones institucionales y políti-

PROFESIONES

Los ingenieros también opinan

● Presidido por un Salvador Serrets dialogante y conciliador ante una audiencia en la que abundaban la juventud y la crítica, se ha celebrado la pasada semana en Madrid la quinta Mesa Redonda de las programadas conjuntamente por el Instituto de Ingenieros Civiles y el «Grupo de estudios de los nuevos

problemas del ingeniero», el conocido Grupo de los 27. En esta ocasión el tema ha sido nada menos que la perspectiva y el análisis que hacen los ingenieros de la actual situación económica.

El primer ponente, Ricardo Gómez Muñoz —ingeniero industrial, miembro del Grupo de los 27— ana-



Ricardo Gómez Muñoz.



Eugenio Triana.